



Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la ordenación diaconal de los
seminaristas Roberto, Sergio y Nelson.

S.M.I. Catedral de La Habana
9 de diciembre de 2006.

Queridos hermanos y hermanas, queridos hijos que, camino al sacerdocio, acceden hoy al orden de los diáconos.

En este tiempo de Adviento que nos va acercando paso a paso a la venida de Cristo en la Navidad, el profeta Isaías pone en nuestro corazón una luz de esperanza. Habla el profeta en los tiempos ruinosos de la dispersión del Pueblo elegido, cuando la destrucción del Templo y de la Ciudad Santa de Jerusalén presagiaban sólo angustia y soledad. Isaías, en esa hora sombría de la historia, entona un verdadero cántico de esperanza: en un tronco del bosque seco y arrasado del Pueblo de Dios brotará un retoño, él nos salvará, la justicia y la paz se abrirán paso, Dios escuchará las súplicas de su pueblo, prestará atención a sus oraciones. El enviado de Dios será como un Maestro que en su pedagogía dará también al pueblo “pan de aflicción” y “agua de tribulación”, como el educador que enmienda a sus alumnos con algunas reprimendas para que enderecen sus pasos por el camino recto. La comunidad debe comprender esa corrección de Dios, que no abandona a su pueblo, que cuida de él, lo libra de la falsedad y lo sana.

En su experiencia de Dios todo creyente debe aprender a beber esas aguas de tribulación y a comer el pan de la aflicción, es decir, a integrar las pruebas que nos salen al paso para hacer crecer en nosotros la confianza, que debe acompañar siempre a la fe verdadera. Así madura la comunidad cristiana de una parroquia, en medio de problemas diversos, así, sacudida a veces por las persecuciones, se fortalece la Iglesia y aprende a esperar sólo en Dios. En cada uno de nosotros se purifica de este modo la esperanza, que no se apoyará en ilusorias perspectivas humanas, ni en cálculos de probabilidades, sino sólo en Dios.

Esta experiencia la han hecho necesariamente ustedes, queridos seminaristas. Más de una vez, y en ocasiones por períodos más o menos prolongados, han tenido que aceptar lo que contradecía sus deseos o aspiraciones aparentemente razonables. Sentimos en esas ocasiones no sólo los límites personales de nuestra propia psicología, sino también los límites que la disciplina o los proyectos alternativos de los superiores levantan ante nuestros deseos. Es el momento de no dejarnos arrebatar la paz del corazón, la alegría del seguimiento de Cristo, es tiempo entonces de alzar nuestra mirada hacia el Señor para poner nuestra confianza en El, de aprender a desconfiar de nosotros mismos y de nuestros criterios. Paradójicamente nos sentimos entonces, de modo progresivo, liberados, y comenzamos a andar con una seguridad que no viene de nosotros mismos, sino de Dios. Es la voz del Señor en el Adviento que cobra significado en nuestras vidas: cuando ocurran todas esas cosas, cuando lo contradictorio les salga al paso, “levantad la cabeza, se acerca vuestra liberación”. En efecto, nuestra liberación se acerca cuando rompemos las cadenas

que nos atan a nuestros caprichos, a la voluntad propia, al gusto personal y lo dejamos todo al querer de Dios y a la acción de su gracia. Así podemos proyectarnos hacia el futuro con un corazón libre. Gracias a esa libertad que los hace disponibles pueden ustedes hoy prometerme obediencia a mí y a mis sucesores, a la Iglesia, porque captaron cuáles son los canales por donde llega la voz de Dios y cómo es posible sintonizar con ella si hemos aprendido, “sufriendo, a obedecer” al modo de Jesús.

No temerán tampoco comprometer su vida al aceptar el celibato por el reino de los cielos, porque el Maestro divino, que es Cristo, les enseñó a no tener miedo, a poner su confianza en Dios y a no apoyarse en ustedes mismos, sino en el Señor. Podrán, pues, decir con San Pablo: “todo lo puedo en Aquel que me fortalece”.

Renunciar a las riquezas del mundo, al poder, (que es una forma de riqueza), a la vida cómoda y fácil, en una palabra, tener un corazón pobre y humilde, no lo experimentarán como una disminución, sino como una irrupción en sus vidas del amor de Dios, que viene a enriquecerlos con su gracia, pues encontrar a Cristo es hallar un tesoro que hace palidecer ante nuestros ojos el brillo falso de las riquezas de este mundo. La llamada del Profeta a mirar hacia el futuro con confianza encaja, pues, perfectamente en este instante de sus vidas y entra totalmente dentro de la lógica evangélica, siempre paradójica, que supera la mediocridad, sustentando el gran eje transversal de toda vida cristiana: el olvido de sí, la entrega de sí mismo, que el Señor Jesús resumió admirablemente en una frase insuperable: “quien guarda su vida para sí la pierde, quien la entrega la gana para siempre” (Lc 9, 24).

Pero, ¿cómo puede hacerse la entrega de la vida en plenitud de fuerzas, como lo hacen ustedes hoy, si no es a partir de su fe que los lleva a abandonarse en las manos de Dios llenos de confianza? Y, ¿qué otra cosa los puede mover a esta entrega?

El haber unido siempre más sus vidas a la de Cristo, desde sus primeros pasos como cristianos. Jesús salió a anunciar la buena noticia y ustedes lo encontraron en el camino que recorrían quizás despreocupadamente. Detenerse frente a Jesús, escuchar su voz firme y serena nos descubre nuestra propia debilidad, nuestras enfermedades y dolencias y nos dejamos sanar por El. A partir de ese momento se inicia el seguimiento de Cristo y nos identificamos poco a poco, y siempre más cada vez, con sus sentimientos, con el sentir del corazón de Jesús. Experimentamos entonces de cara al mundo de hoy, lo que el Señor experimentó ayer frente a sus contemporáneos, una compasión inmensa por los hombres y mujeres que pueblan nuestro mundo, que conviven con nosotros en nuestra tierra natal, porque están cansados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor.

Y al sentir con Jesús la misma pena de El por la humanidad, sintieron también ustedes la urgencia de remediar ese mal y nació en sus corazones el deseo de ofrecerse para lograr ese propósito y fueron confirmados en él por la palabra de Jesús que nos invita a todos a invocar al Padre para que mande obreros a su mies. Las necesidades de la evangelización son enormes, mientras los recursos humanos de la comunidad son demasiado reducidos. Descubrimos, escuchando al Maestro, cómo Jesús une oración y misión. De la oración al Padre depende que haya pastores para el rebaño, obreros para la mies. La misión cristiana se origina en la oración y encuentra su fuerza en la oración confiada y perseverante. En la oración se descubre también el sentido de la misión, no como propaganda de ideas o modos de vivir, sino como participación con Cristo en el anuncio y el establecimiento del Reino de Dios.

Dispuestos así por la oración, pudo encontrar eco en sus corazones el llamado de Jesús, que los convoca para hacer lo mismo que El hacía: proclamar la llegada del Reino, curar,

sanar, llevar a todos la misericordia del Padre, y El mismo Señor les promete que les dará poder para realizar esta misión.

En esta celebración serán admitidos ustedes: Roberto, Sergio y Nelson en el orden de los diáconos y recibirán de Cristo poder para servir, no para disponer y mandar. Ese poder servicial será perenne en ustedes y debe caracterizar su misión de pastores del rebaño, cuando en breve tiempo sean incorporados al orden de los presbíteros. El diaconado los entrena en el servicio al obispo, al presbítero y al altar, para que el orden sacerdotal halle en ustedes auténticos servidores del pueblo de Dios.

Al proclamar el Evangelio en la celebración eucarística y al predicar la palabra de Dios sabrán siempre que lo hacen con el poder de Cristo, en absoluta fidelidad a El y así visitarán enfermos y administrarán el sacramento del Bautismo, como encargados por Cristo de que llegue a sus hermanos la misericordia del Padre.

Miren el tiempo que los separa del sacerdocio, no sólo como una etapa propicia para desarrollar el espíritu de servicio propio del diácono, que será fundamental después en el ministerio sacerdotal, sino también como un tiempo de gracia para crecer en intimidad con Cristo. El los ha llamado por sus nombres, con conocimiento de los dones que ha puesto en sus personas y también de sus límites, a ser sacerdotes, para compartir con El esa misión que el mismo Jesús recomienda que comience por las ovejas perdidas.

Al acceder libremente al Orden del diaconado, al igual que aquellos varones elegidos por los Apóstoles para el ministerio de la caridad, también ustedes deben dar testimonio del bien, llenos del Espíritu Santo, y de sabiduría.

Ejercerán su ministerio observando el celibato: él será para ustedes símbolo y, al mismo tiempo, estímulo para la caridad pastoral y fuente peculiar de fecundidad apostólica en el mundo. Movidos por un amor sincero a Jesucristo, el Señor, y viviendo este estado con una total entrega, su consagración a Cristo se renueva así de modo más excelente. El celibato les permitirá a ustedes, en efecto, consagrarse más fácilmente, sin dividir el corazón, al servicio de Dios y de los hombres, y serán así, con total libertad, ministros de la obra de regeneración sobrenatural.

Tengan por raíz y cimiento la fe. Muéstrense sin mancha e irreprochables ante Dios y ante los hombres, según conviene a los ministros de Cristo y dispensadores de los santos misterios. No se dejen arrancar la esperanza del Evangelio, el cual deben no sólo escuchar, sino además vivir. Viviendo el misterio de la fe con alma limpia, muestren mediante sus obras la palabra que proclaman, para que el pueblo cristiano, vivificado por el Espíritu Santo, sea oblación agradable a Dios, y ustedes, en el último día, puedan salir al encuentro del Señor, y oír de El estas palabras: “Muy bien. Eres un servidor fiel y cumplidor, pasa al banquete de tu Señor”

Sientan que sus nombres, Roberto, Sergio y Nelson, se inscriben desde hoy en la lista donde están Simón, llamado Pedro, Tomás, Mateo el publicano y Simón el Cananeo. En la elección de los apóstoles el nombre, el sobrenombre, el lugar de nacimiento, todo lleva a pensar en una ubicación concreta de la persona y de su entorno, en su mundo y su tiempo. Así los ha llamado Cristo a ustedes, bien encajados en su lugar de origen, bien situados en esta hora de la historia para servir a su pueblo. Pero de esta ubicación no queda sólo constancia escrita. Recuerden que sus nombres están inscritos en el cielo, porque están en el corazón de Cristo que los ha llamado. Con esta certeza que nace de la fe y se proyecta hacia el futuro en esperanza, entreguen sus vidas al Señor.

Ayer celebrábamos, en el camino hacia la Navidad, a la Virgen Inmaculada y escuchábamos una vez más en la Liturgia su Sí que abrió una posibilidad única en la

historia de la Salvación. María es el Sí de la nueva humanidad a Dios, María es el Sí de la Iglesia a Cristo. Que la Virgen Purísima inspire vuestra respuesta para que sea tan clara y confiada como la de Ella. Que la llena de gracia les alcance de su Hijo el don precioso de la perseverancia en el servicio del Señor y de su Iglesia.